

# PARALELISMOS

Escribir un poema  
es coger las palabras una a una, con gula,  
dejarlas deslizarse entre los dedos,  
llevar después las yemas a la boca,  
lamer letra por letra —a veces sobra alguna  
y como se te cuele, por pena o por olvido,  
se avinagra el hechizo—;  
calibrar el color y el tono exactos,  
aspirar la cadencia sin respirar apenas  
—que no ahogue—  
y al fin, paladear con los ojos cerrados  
como quien da las gracias a los dioses.

Escribir un poema, verso a verso, es un poco  
como elegir las uvas para el vino.  
Hay que saber tocar, rozar, tentar,  
buscar con diligencia  
el néctar de la flor redonda como un astro,  
venerar el pasado —abejas, soles, lluvias—  
buscar en el futuro  
el amargor preciso que contrasta  
prometidas dulzuras  
para forjar el punto bendito de la púrpura,  
savia de Cristo, sangre sanadora,  
cosechada en el fruto de amor de la semilla.

Hay vinos —y poemas— con fragancia de flores  
como *esos días azules y ese sol de la infancia*.  
Los hay blancos y rubios como el sueño de un niño;  
oscuros y nocturnos como rosas antiguas  
de terciopelo rojo;

versos como la sangre o como el odio  
que embriagan con un dulce veneno prometido;  
vinos que nos galopan por las venas  
con galanura de caballo ruano  
y trepan a los ojos y remontan las nubes  
y pierden la cordura en su carrera.  
Hay versos —y poemas— como gatos  
maullándole a la luna: erguidos, retadores,  
elegantes, incómodos, siniestros, misteriosos.  
Hay también como perros juguetones  
que dicen y no dicen, que insinúan,  
y avanzan y se esconden y te dejan con ansias  
siempre de un poco más (como algunos amores).

Elaborar un vino —o escribir un poema—  
es forjar alas nuevas para volar más alto,  
alzarse hasta el cubil de los ángeles rotos  
surgiendo en la nevisca como una boca exangüe,  
esperar siempre el cielo, y alcanzarlo, y caer,  
y volver a la tierra, a las raíces,  
fermentando el dolor del grano pisoteado  
en tibia vulva abierta, plena de amor,  
de miel  
como una vid en celo.

Elaborar un vino, escribir un poema,  
erigirse en demiurgo  
para llegar, humilde, como un cordero humano,  
al centro del Misterio.  
Y no saber por qué, pero seguir creando  
vino y versos,  
sentido de la Vida.